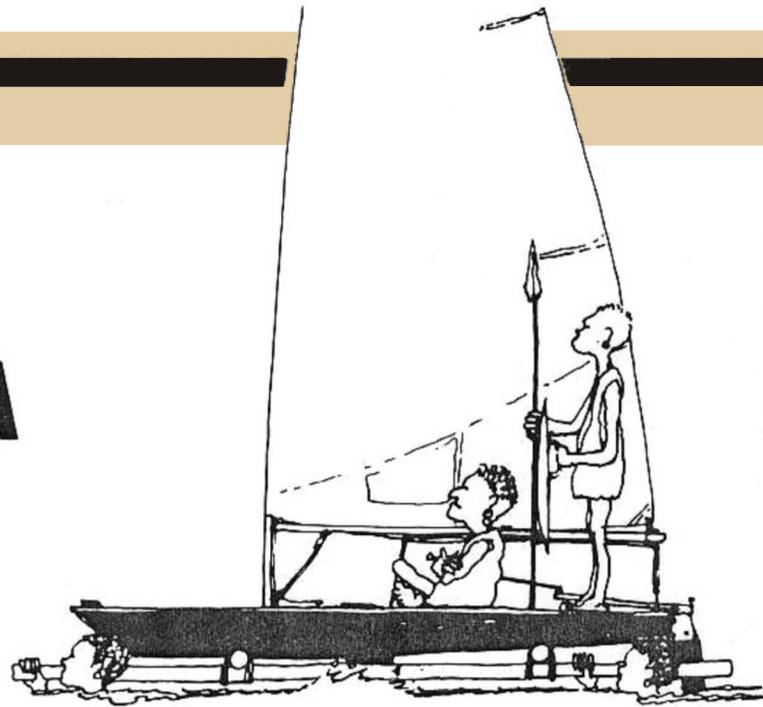


NAVEGANDO UNA JANGADA EN EL PARAISO

Apasionante relato sobre la utilización de las famosas "jangadas" brasileras, uno de los medios de navegación más antiguos del mundo, y su utilización por colonias de pescadores en la costa norte del Brasil.

escribe Carlos Vairo



Pensar en Brasil, su costa y su gente a esta altura del año en Buenos Aires, es realmente masoquismo puro. Me acuerdo de su sol, aguas transparentes y cálidas, tanto que, cuando se navega en ceñida, en vez de pensar en el traje de dilema de qué traje de baño se utiliza; el de siempre o el que se reserva para otras ocasiones mejores.

Llegar a un puerto, aunque sea después de un breve paseo y escuchar hablar en diferentes idiomas a navegantes de otras latitudes o simplemente a los lugareños con una cerveza en la mano, realmente no da lo mismo que volver a San Isidro después de una vueltita dominguera.

Hablando de puertos, este relato tiene su comienzo en Salvador de Bahía donde llegué después de una navegación por Fernando de Noronha, Fortaleza y Recife en la goleta "Kralos". En ese trayecto fue cuando vi por primera vez y muy alejados de la costa a las famosas "jangadas" brasileñas. Algunas con un tripulante sólo, número que se incrementaba hasta 3 o 4 según su tamaño. En esa oportunidad lo primero que pensé fue lo confortable que era nuestro barco viendo a esos tripulantes mojándose constantemente sin ninguna protección. Después me quedé mirando el aparejo y recién empecé a hacerme cientos de preguntas. Como por ejemplo: ¿cómo viran?, ¿cómo están construidas?, ¿cómo saben para dónde van?, ¿cómo vuelven?, ¿que pescan?, y

muchas otras. Por todo esto (y por saber que es uno de los medios de navegación más antiguos del mundo y que sigue utilizándose) decidí que debía navegar una de ellas.

BUSCANDO UNA JANGADA

que con ella se mantiene a sí mismo, a su familia y participa de una colonia de pescadores donde todos se ayudan entre sí. Sobre todo cuando la pesca es pobre o volver a tierra significó una tumbada en la rompiente con las pérdidas que esto significa: mástil quebrado, vela rifada, pesca perdida y demás.



El primer problema consistía en conseguir una jangada. Y alguien que me explicara cómo se navega en ella. Cosa que consideré un tanto difícil por problemas de idioma, ya que en el Norte de Brasil no hablan un portugués tan argentinizado sino que, por el contrario, parece ser más algún dialecto africano. Además, para el pescador no es exactamente una embarcación de paseo sino

Comencé por el puerto comercial donde ví cantidad de embarcaciones aparejadas con vela latina. Pero éstas eran utilizadas para transporte de frutas, azúcar, feijao, farinha, etc. entre las islas y sobre todo con Itaparica. Al no encontrar lo que buscaba me dirigí hacia el Club de Saveiros, donde me encontré con cientos de estas embarcaciones fondeadas, otras en reparación pero



ninguna jangada. Hablando con gente del Club me indicaron que vaya hacia el Norte donde hay jangadas, que tenga cuidado por ser lugares un poco peligrosos y una serie de recomendaciones que casi me hacen desistir. Por suerte todo tiene su lado bueno y me invitaron a participar de la única regata anual de Saveiros organizada por la Marina en homenaje al Saveiro y a lo que representó en la historia de Bahía, que es el Estado brasileiro con mayor litoral marítimo. Verdaderamente fue una linda experiencia que en otra oportunidad contaré.

Es así como recorrí las playas hacia las colonias de pesca; la colonia de Amaralina, Río Vermelho, Itapoa, Armação ya que decidí que la única manera de poder acercarme a las jangadas y a alguien de quien aprender era conviviendo con ellos los preparativos de la pesca y salir a pescar. Durante todo un día pasé de una colonia a otra mirando a sus integrantes, a las embarcaciones y en lo posible al "Jefe". Me miraban con un poco de desconfianza. Pienso que en parte por mi aspecto (pelo largo, barba tupida) y sobre todo porque soy blanco y todos ellos negros. Los chicos y las mujeres me esquivaban y cuando me dirigía hacia alguna de ellas no me



de la colonia de pescadores de Pituba. A duras penas le pude explicar cuáles eran mis intenciones. Se quedó pensando un rato, creo que un tanto extraño que una persona blanca de un lu-

der de él el arte de navegar y pescar en jangadas. Por lo menos fue cómo me presenté ante los otros pescadores. Inmediatamente me pusieron el nombre de "gringo". No me quiero ni imaginar lo que pensaría cada uno de estos pescadores (unas 40 familias componían la colonia, que es de las más chicas) ya que uno de ellos me preguntó primero si teníamos mar, al contestarle que sí me dijo que "cómo pescábamos si nunca había visto una jangada". No contesté ya que Bernardo me estaba llamando para enseñarme cuál era el lugar que me daban para guardar mis efectos personales que llevaba en una mochila y creo que también para salvarme de la inspección de los otros pescadores. Me mostró un barril viejo al lado de un fogón y me dijo que me quede tranquilo, que las cosas iban a estar seguras. Mis pertenencias se limitaron a dos máquinas fotográficas una Cannon A-1 con estanco, gran angular y un zoom y una Minolta Weather matic; una navaja y una pínula.

En la playa hay un par de barracas (chozas) donde viven algunos de los pescadores solteros. La que me tocó a mí la compartíamos entre unos veinte hombres. Sus edades oscilaban desde los 12 a los 50 años. Todos trabajan, los más chicos se dedican a la recolección de frutos, a mendigar por la ciudad y



contestaban o me mandaban a hablar con el jefe o algún negro fornido que casualmente (con hacha en mano) se encontraba desvastando un tronco para hacer una canoa o limpiando pescado con grandes y filosas "facas".

GRACIAS A BERNARDO

De esta forma conocí a Bernardo, jefe

gar que no sabía muy bien por dónde quedaba y que lo único que sabía de nosotros era que hay pocos negros, el mundial y que habíamos estado en guerra contra otro pueblo de blancos; quisiera quedarse en la colonia para ir a pescar con ellos. Creo que lo tomó como una rareza más de los hombres blancos. Por otra parte, se sentía importante que viniera gente del extranjero para apren-

ayudar a sus mayores a limpiar pescado y llevar las canoas al agua. Los ancianos arreglan redes, cosen velas, preparan líneas de pesca, afilan anzuelos, arpones y mil tareas más. Las mujeres en sus casas se dedican la mayoría a bordar las famosas telas rústicas de Bahía, hacen sombreros y todo cuanto pueden colaboran con el hombre.

LA PESCA

Tienen diferentes formas de pescar; desde estas jangadas tan chicas pescan con línea, revisan las trampas y redes que dejan cerca de los arrecifes y hay algunos que llevan espineles. Las líneas se van largando a diferentes profundidades. Una vez que algo pica en una de ellas, alargan o acortan las demás para dejarlas a la misma profundidad, que es donde suponen está el banco.

Vi a algunos hombres nadando "a lo perro". Después me di cuenta que lo que hacían era pescar con pequeñas redes de mano. No importa cómo, lo único real es que hay que pescar para subsistir.

Los materiales empleados son bastante variados. Desde arpones de madera y punta de hueso hasta anzuelos importados. Toda la variedad de redes las tejen ellos y es a lo que le dedican gran parte de su tiempo, sea para repararlas, limpiarlas o prepararlas para colocar. Las trampas también las hacen con cañas, hojas de palmera y le dan una muy variada gama de tamaños y formas.

El fondeo más utilizado es una piedra grande atada con un cabo no muy largo y varias veces unido, ya que en el único lugar en que suelen fondear es cuando van a los arrecifes a revisar trampas y redes.

En uno de ellos decidí ver cómo era el fondo y me sumergí con la cámara weather-matic. La variedad de peces que ví fue muy grande aunque todo estaba muy revuelto. Saqué algunas fotos pero como me encontraba sin visor, no podía ver bien y el resultado no fue el deseado. El agua estaba tan caliente que trataba de buscar profundidad para refrescarme. Había "escalares" a montones. Son los que venden en los acuarios a precios bastante altos y nos cuentan que son traídos de no sé qué lugar escondido del Amazonas. También una variedad increíble de peces de distintos

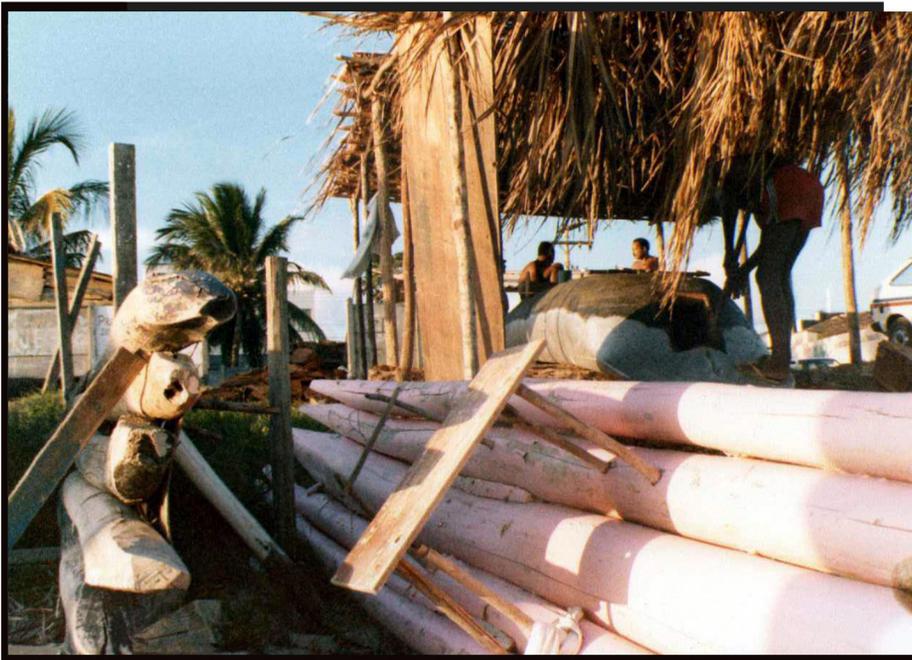
colores y las combinaciones más insólitas. El fondo es de piedra y la profundidad varía de un metro a tres o cuatro para después ganar rápidamente (estimo) unos 15 metros.

Mientras pescan, arrian la vela y se mantienen al garete (pesca a camalote); encarna, larga una a una las líneas a diferentes profundidades y mantienen una reserva de línea en los canastos por si deben unir más sedal para dejar correr algún pez a fin de cansarlo. La pesca es principalmente de cazón en

normal que se internen mar adentro, sea porque les borneó el viento o, si tienen suerte, les tocó un pez grande que les dio bastante trabajo.

LA JANGADA

La jangada en la cual navegué y de las que ví por cientos en las proximidades de Salvador estaban construidas todas sin excepción por un fondo de 5 troncos unidos entre sí con "isipós" (planta trepadora sarmentosa) y clavos



todos sus tamaños, algunos bastante grandes; pez sierra, cavalas, dorados de mar, y toda una variedad paña mi desconocida (como el "xaréu") y otros cuyo nombre jamás llegué a memorizar. A los peces grandes, como los cazones, una vez que pican los cansan largándole sedal y después los van acercando hacia las jangadas donde, si tienen arpón, los arponean o, lo que es más frecuente, con un palo los terminan de matar.

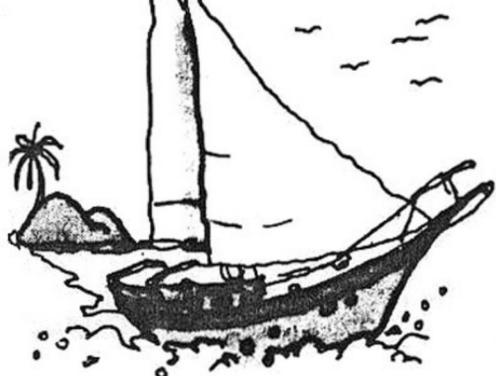
La pesca se realiza por lo general a partir de las 17 hs hasta la madrugada siguiente donde los que quedaron en tierra aprovechan la llegada de los pescadores de línea para salir a revisar trampas y redes. No faltan algunos pescadores que regresan pasada la mañana o al día siguiente. Esto último no causa mucha preocupación ya que es

de madera. En popa, un pequeño banco para el timonel. Entre los troncos de popa calza el remo que es utilizado como timón cuando navegan a vela.

Los troncos que constituyen el fondo tienen clavadas maderas para tapar las rendijas y evitar que el agua pase en forma de surtidores hacia arriba. En el medio tiene una caja de orza formada por 4 estacas clavadas en la balsa, dos maderas transversales atadas y dos más gruesas longitudinales que dejan espacio para que se deslice la orza. A su vez sirve de banco para la tripulación. El tronco del medio (que es el mayor en grosor y largo) está desvastado para que pase la orza. El mástil es un simple palo bien redondeado de una altura de 1,5 m, siendo la verga una sencilla caña de aproximadamente 4 m. El tintero es un cabo que une estas dos partes. La



vela es de algodón y por lo que me contaron tiene una duración de un año, año y medio. Están muy bien cosidas con sus debidos refuerzos en los puños. Realmente un hermoso trabajo artesanal, cuidando el más mínimo detalle con materiales bastantes primitivos (sin Mylar ni Keylar ni paños verticales) pero muchas de ellas infringiendo la Regla 26, ya que en su velamen se pueden leer desde leyendas como "Casa del Pescador", Coca Cola o "Vole pela Pan American". Esto último no tanto en Sal-



vador pero sí se daba en mayor cantidad en las costas de Recife y Fortaleza, ya que de esta manera obtenían las velas gratis.

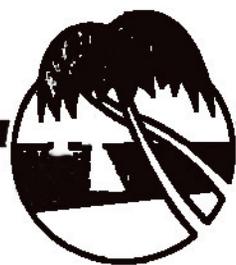
En el Norte también se ve que las jangadas van cambiando y en vez de troncos usan tablas para después pasar ya a cascos.

LA NAVEGACION

Nuestra salida estaba llena de expectativas por los demás integrantes de la colonia y sobre todo por mí. La tripulación constaba de dos personas: Bernardo y yo. El material que transportábamos era un fondeo de piedra, 4 líneas de pesca, un poco de carnada, un cesto con sedal y mis cámaras.

Partimos alrededor de las 17,30 hs. Para salir me hicieron sentar sobre la caja de orza, sujetando todo el material, y se acercaron varios hombres los que levantaron la jangada y la depositaron suavemente en el agua. Subió Bernardo y los demás siguieron empujando para pasar la rompiente, que por suerte era chica. Arrojó al agua una ofrenda a Yemanjá (cuando vi esto me encomendé a Stella Maris y a cuanto santo me acordé en ese momento) que es la diosa del mar, y se puso a remar durante una hora, aproximadamente, hasta que me





pidió que suelte la vela, la que se encontraba adujada en la verga. Me indicó que bajara la orza. Comenzó nuestra navegación a vela. Según cómo caminábamos me pidió un poco más de orza; filar amura, cazar escota para mejorar el rendimiento y sin quererlo automáticamente me acordé del Toto Ferrero en el "Swan I" y los cientos de ajustes que nos hacía realizar constantemente con el mismo fin, salvando las diferencias.

En el ínterin, entre las olas fueron apareciendo otras jangadas. Era divertido ver cómo con el subir y bajar de las olas aparecían y desaparecían, haciendo difícil saber con exactitud cuántos éramos.

El viento del sector S SE a unos 10 o 15 nudos. Había bastante corriente paralela a la costa, en la misma dirección. Calculé una altura de ola de 2 a 3 m las mayores. Saqué mi pinula, vi que íbamos a un rumbo de 93°. Habría una declinación de 22° W, por lo tanto Rv 71°. Tendrían que haber visto la cara del skipper cuando vio la pinula. No tenía la menor idea de para qué servía semejante instrumento. Un poco le expliqué y me dijo que había sentido hablar de ella pero nunca había visto una. Rápidamente me preguntó para qué la quería, si estaba con él. Contesté que para saber para dónde íbamos y si le pasaba algo a él, tratar de volver. A toda respuesta, se sonrió.

Aprovechó para sacar fotos. Estaba oscureciendo. Pasamos por varios arrecifes y con las olas rompiendo quedábamos enterrados en un mar de espuma. Nos encontramos con otros pescadores que saludaban. Estaban revisando trampas y redes. Hasta que llegó el momento de la primera virada. En honor de la verdad, no tenía la menor idea de lo que podía suceder ni qué hacer.

Traté de seguir las indicaciones del timonel y de esta manera lo que casi logro es perder mis cámaras y resto del material transportado debido a que no tumbamos por pura suerte. Para virar se debe ir derivando la jangada hasta que quede en popa redonda, situación en que el rumbo y la estabilidad de la misma se convierten en críticos, ya que cuando estábamos en el seno de la ola había poco viento, pero al remontarla nos daba la racha. Con el paño casi todo a un lado se me ocurrió adrizar para que no se vaya a la orza; cuando debería haber tomado la verga, ponerla paralela al mástil, hacer flamear la vela, pasar de bandas la escota y la amura y hacer

pivotear la verga hasta la nueva posición. Luego se procede al cazado de la vela, bajar nuevamente la orza y continuar al nuevo rumbo. Me quedé sorprendido en su capacidad para ceñir: orzan a unos 45° del viento real.

Decidí atar mis cámaras al mástil y dedicarme a colaborar. Así pasaron unas 4 horas de navegación y nos preparamos para pescar. Me hice cargo de dos líneas mientras Bernardo tenía las otras dos y hacía todo el resto del trabajo. Seríamos 7 u 8 embarcaciones pescando, unas bastante cerca de otras. Vi gran alboroto en una de ellas. Exclamaciones de alegría. Mi compañero me explicó que tuvieron suerte: "deben de haber obtenido un tiburón bastante grande". Estas fueron las palabras mágicas para que yo me quede en el medio de la jangada sin nunca más poner un pie ni la mano en el agua. En el transcurso de la noche pescamos dos piezas no muy grandes de "peixe" mientras que mi preocupación pasó del tiburón a los buques, al ver que los mercantes pasaban entre nosotros. Evidentemente estábamos en la ruta de los cargueros, lugar buscado por los pescadores debido a los desperdicios que son arrojados y la atracción que ejerce en los peces y sobre todo al tiburón. Alrededor de las 2 hs, emprendimos el regreso pasando muy cerca de una plataforma submarina de extracción de petróleo. Amanecía. Lo que al principio me alegró mucho pasó a ser la peor parte de la experiencia debido a que el sol se hizo insoportable. El viento fue cayendo paulatinamente y cada vez navegábamos más despacio debajo de un febo asesino.

Es costumbre de los pescadores no llevar ni agua potable ni comida cuando la salida es breve. En salidas de más tiempo llevan agua potable, fariña cruda y caña en calabazas y barrilitos, según me contaron. Pero creo que más bien se debe a que están acostumbrados porque yo terminé casi para ser internado.

Algo parecido me pasó navegando por el Canal de Beagle en junio de 1983 y terminamos buscando hielo para hacer agua en las islas Bridge. Después de esta oportunidad aprendí que llevar un poco de agua potable es más útil que cualquiera de mis cámaras.

Llegamos aproximadamente a las 11 hs y a los que no conocen el sol del verano de la latitud de los 13° Sur, les recomiendo que cuando estén por esos

lugares traten de ocultarse.

Un espectáculo muy lindo se presentó al regreso. Primero fueron apareciendo los rascacielos, luego las palmeras, las barracas de la playa y jangadas con sus velas latinas arribando. El viento se afirmó en el E SE a unos 20 nudos. La ola se hizo más grande y la corriente del SE debía ser de 2 nudos. Así que cada barrenada fue un excelente trabajo del timonel. Mi idea de adrizar no fue descabellada. Observé que en otras jangadas iban tripulantes haciendo trapecio con un cabo sujeto en alguna parte del mástil para no dejar que la embarcación orze. Bernardo me pidió que los imite. Vi que de esta manera el trabajo del timonel se hace más fácil.

Hay mucha gente esperando, y a medida que pasábamos la rompiente se largaban a recibirnos. Bernardo saltó al agua. Me transportaron con jangada y todo a la playa.

Inmediatamente ésta es desarmada, el pescado es llevado por otras personas de la colonia. Bernardo bebe y come un plato de fariña con pescado. Cuenta brevemente lo que pasó y luego se va a dormir.

Yo me quedé mirando cómo llegaban las otras jangadas. Por cada una que arribaba, aparecían más velas en el horizonte. Una de ellas tumbó en la rompiente quebrando el mástil y rifando la vela. Salieron otros pescadores a ayudar, como algo habitual. Me sentí tan mal y cansado que ni atiné a sacar fotos sino que buscar el lugar más oscuro de la choza y dormirme.

Al cerrar los ojos volvían a mi memoria muchos de los momentos vividos en las últimas horas y pensé algo que recordé por primera vez durante la noche mientras pescábamos. Fue una guardia de 0 a 4 hs de la mañana en el buque tanque "San Lorenzo", en noviembre del 82 rumbo a Caleta Olivia. Mientras preparábamos el Crepúsculo Matutino con Mario Pazos y el Subprefecto Carlos Carrega (que nos explicaba) hablamos con el 1° Oficial, que había navegado esas aguas con buques de ELMA, acerca del radar y su utilización para localizar embarcaciones chicas, si contaban con pantalla reflectora de radar, y lo aventurados que eran los pescadores del Norte de Brasil que salen en pequeñas y misteriosas balsas de troncos y pasan días mar adentro por las rutas de los mercantes pescando tiburones, etcétera, etcétera.



